

prensa habanera, poco habituada a los apellidos compuestos, ha convertido en «dos ilustres viajeros». La discreción del fotógrafo (José María Chacón y Calvo) parece una injusta invitación al anonimato.

Aunque Juan Ramón llegó a La Habana invitado por la Institución Hispanocubana de Cultura que dirigía Fernando Ortiz, fueron los buenos oficios de Chacón y Calvo, ayudante de Ortiz, los que dieron a la visita cierta resonancia pública¹. En una de sus reuniones con Ortiz, Juan Ramón le propuso realizar un Festival de la Poesía Cubana producida ese año y recoger los poemas en un volumen que sería el primero de una serie anual. Chacón y Ortiz se entusiasmaron, y el 20 de enero de 1937 quedó redactada la «Convocatoria a los poetas de Cuba» que apareció en la revista *Ultra*, órgano de la Hispanocubana. El límite de entrega vencía apenas diez días después, pero aun así fueron más de cien los poetas que tuvieron tiempo de entregar sus tres ejemplares en la sede de la Hispanocubana (Manzana de Gómez, 329).

Obligada a complacer a demasiados jueces, la antología engordó. Y la severidad de Juan Ramón quedó confinada en una antología de la antología, un recital que mostraría las principales tendencias de la poesía cubana del momento. De los 63 poetas finalmente incluidos en el libro, se escogieron 29 para que leyeran el 14 de febrero, Día de San Valentín, en el Teatro Campoamor. Estaban, por supuesto, los más conocidos (Emilio Ballagas, Agustín Acosta, Mariano Brull, Eugenio Florit, Nicolás Guillén); algunos muy jóvenes (el propio Lezama, Mirta Aguirre, Justo Rodríguez Santos, Ramón Guirao) y otros francamente mediocres pero populares (como José Ángel Buesa).

Entre los elegidos también figuraba el seminarista Ángel Gaztelu, recomendado por Lezama. Juan Ramón envió un telegrama al Seminario San Carlos pidiéndole al poeta que asistiera a la lectura del Campoamor. El Rector, Monseñor Guillermo González Arocha, pensó que se trataba de una broma de mal gusto. Gaztelu, aterrado, solicitó el permiso eclesiástico para participar en la lectura y fue conducido entonces ante el arzobispo Manuel Ruiz Rodríguez, prelado eminente y poeta frustrado, quien le prohibió al seminarista presentarse al recital con el argumento de que era demasiado *vitando*. Gaztelu, al que faltaban pocos meses para ordenarse, tuvo que enviar sus décimas, que fueron leídas por Ricardo Florit, hermano del poeta Eugenio.

¹ La historia de cómo se conocieron Chacón y Juan Ramón tiene algo de película del cine mudo. En 1918 el cubano llegó a España como agregado cultural. Debía recorrer todas las embajadas dejando en ellas su tarjeta de visita. Volvía del paseo cuando, frente a su casa, el paquete de tarjetas cayó de su mano y Juan Ramón, que en ese momento se disponía a entrar en el edificio, fue quien ayudó al nervioso joven a recogerlas.

Agobiado por las comisiones que lo visitaban para que incluyera poemas en su antología, Juan Ramón hizo concesiones de las que culpaba, en privado, al pobre Chacón y Calvo. Gastón Baquero cuenta que el español se sentía bastante coaccionado por las recomendaciones de su anfitrión. «Suavemente, suasoriamente, Chacón acababa siempre por salirse con la suya, porque Juan Ramón estaba en situación de inferioridad: invitado, bien acogido, tratado con enorme delicadeza y respeto, qué iba a decir (...) Me consta que cargó con la antología como una cruz, y que se ruborizaba de ella como de un delito monstruoso. No era para tanto. Pero un hombre tan exigente consigo mismo como Juan Ramón, que tenía además un ojo infalible para “ver” el poema, tenía que reaccionar forzosamente como una víctima ante las cataratas de la antología».

Parece que, además, Chacón había tentado al andaluz con la oferta de una Cátedra de Poesía en el recién estrenado Instituto de Altos Estudios anexo a la Dirección de Cultura, algo que nunca se llegó a concretar. El futuro de Juan Ramón dependía de su benefactor, así que no es difícil imaginar la incomodidad del poeta frente a las «pedreas fatales» que provocó la selección.

Varada en un precario romanticismo, Cuba debía convertirse en un «estado poético». Complicada misión, comentaba Lezama con su típica sorna, sin una ola de suicidios wertherianos. Cuando por fin algo de esta república de las letras se constituya, descubriremos con asombro que los «fundadores» no comparten la estética juanramoniana. Éste había dividido la poesía cubana en tres líneas esenciales: una popular (Guillén); otra, «de patetismo ingenuo todavía y ya esquisito y cabal» (Ballagas) y otra «universalista y autocrítica» (Florit). Los poetas de *Orígenes* no seguirán ninguna de estas tres corrientes. Brull, Ballagas y Florit eran, dirá luego Vitier, «un vino demasiado aguado», poetas incapaces de generar una impulsión, de fundar ese «estado» que pedía Juan Ramón. Virgilio Piñera será aún más radical con aquella improvisada «Generación del 36»: «Poesía cubana que pasaba en aquel entonces por una fiebre altísima de subjetivismo, por las últimas llamaradas de un lirismo sentimental, lastrado con fuertes dosis de intimismo bastante provinciano, y que se iba a matizar un tanto con la poesía de aguas de Juan Ramón y la de cohetes de García Lorca».

Los poetas de *Orígenes* estaban ante una paradoja: debían romper con lo «juanramoniano» para lograr aquello que Juan Ramón pedía. Diez años después, en respuesta a una carta de José Rodríguez Feo que le propone averiguar cuántos de los poetas que figuran en la antología siguen escribiendo poesía «para invitarlos a colaborar en *Orígenes*», Lezama será rotundo: «Esos movimientos están baldados y su cojera poética es bien visible».

En el Lyceum habanero se encontraron por primera vez Juan Ramón y Lezama, gracias a un escueto anuncio publicado en el periódico: «El poeta J. R. Jiménez recibirá a los poetas jóvenes y a cuantos quieran conocerlo, después de las cinco». En plena ronda de preguntas, entre un bullicio generalizado, Lezama se puso de pie y le espetó al español:

– Me gustaría que nos dijera si siente la diferencia entre el hombre de una isla y el hombre de un continente, como es usted.

No se oyeron bien sus palabras porque todo el mundo hablaba. Juan Ramón tuvo entonces que alzar la voz:

– ¡Cállense!, por primera vez se hace una pregunta interesante.

Las cabezas giraron y hubo cuchicheos. Pero al terminar la conferencia, Juan Ramón le dijo a Lezama:

– Joven, yo tengo mucho que hablar con usted, pero no aquí. Vaya al hotel a verme.

Lezama evocará siempre su amistad con Juan Ramón bajo el signo de esa conversación, el gran momento de una adolescencia prolongada hasta los 26 años. En uno de los borradores de su cuaderno de apuntes, titulado *Recuerdos de JRJ*, y fechado *circa* 1965, tan extraña pubertad se define, al estilo de los diálogos platónicos, como la edad en que «coinciden la intensidad de los deseos y la gracia que se nos regala». Mucho de fuga socrática se adivina en esta amistad entre el maestro y un discípulo que, según posterior confesión, «vivía en una forma exacerbada la soledad de la adolescencia». A veces tenemos incluso la impresión de que el joven Lezama busca desesperadamente a un padre poético con el cual contraer ciertas obligaciones, propias del adolescente que respira todavía el aire de la casa familiar².

Lo curioso de esta relación es que el autor de *Muerte de Narciso* no tenía mucho que ver con el estilo despojado del poeta andaluz. «En él –dirá luego– la influencia que perdura es la de la poesía, no la de su poesía». Mario Parajón opina que Juan Ramón apreciaba a Lezama por versos muy logrados, pero prefería las estrofas de Florit o Ballagas. También es sinto-

² Tal vez por eso, Lezama relaciona a Juan Ramón con José Martí, «a quien la generación anterior no había conocido, en el sentido de conversar, verlo atravesar una calle o comprar unos libros o unos bombones». No faltan afinidades entre ambos personajes: el mismo temperamento nervioso e irritable, un carácter hosco y tierno a la vez, incluso cierto parecido físico. Otra coincidencia: «Límite del progreso» recuerda las crónicas norteamericanas de Martí, escritas cincuenta años antes. Nueva York, muestrario de tentaciones, aparece en esas crónicas como la réplica moderna de Cartago, Babilonia o la Roma decadente. En esta visión de la ciudad sin alma coincide también Juan Ramón, profeta de un sentimiento antinorteamericano que Lezama comparte con la mayoría de los intelectuales cubanos de la época, preocupados por la ingerencia yankee en el destino de la joven república.